404

LA NOVELA DE HOY

EL DORADO TRÓPICO

POR

CARMEN DE BURGOS

"COLOMBINE"

=V. de S.=

¿QUIERE USTED FORMAR UNA BIBLIOTECA COMPLETA POR CINCO PESETAS MENSUALES?

Suscríbase a las

Bibliotecas Populares Cervantes

Colección que publica **Las cien mejores obras de la literatura española y las cien mejores obras de la literatura universal.**

O sean: Aquellos libros que todo hombre culto debe haber leído. Aquellas obras donde está condensada la ciencia y la experiencia de cien generaciones humanas.

Suscríbase a las

Bibliotecas Populares Cervantes

Por CINCO PESETAS mensuales obtendrá cuatro libros de los que en librerías valen, cuando menos, CINCO PESETAS cada uno.

Pidan catálogos a la

COMPAÑIA IBERO - AMERICANA DE PUBLICACIONES, Príncipe de Vergara, 42 y 44. Librería FERNANDO FE, Puerta del Sol, 15. Librería RENACIMIENTO, Preciados, 46, y Plaza del Callao, 1. Madrid.

LA NOVELA DE HOY
Director: PEDRO SAINZ RODRIGUEZ
Oficinas: Príncipe de Vergara, 42 y 44. Apartado 33.

Año IX | Madrid, 7 Febrero de 1930 | Núm. 404

EL DORADO TROPICO

POR

Carmen de Burgos "Colombine"

Ilustraciones de V. de S.

Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A.
— EDITORIAL ATLANTIDA —
Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15, Madrid.

EN EL PROXIMO NUMERO

PUBLICAREMOS

El último amor

por

Manuel Bueno

ILUSTRACIONES DE
SOUTO

I

La Habana tiene un encanto blando, lánguido, de mujer rubia—dijo Federico.

—No—respondió Emilio—; de mujer mulata. Si yo tuviera que pintar la sensualidad le pondría cara de mulata. Míralas.

Pasaba junto a ellos un grupo juvenil de "morenas", vestidas con trajes vaporosos, de encajes y colores vivos, falda corta y medias de seda, las cuales tomaban al ceñirse a sus piernas, fuertes y ligeras, unas tonalidades de colores insospechados.

Todas llevaban los labios pintados de fresa, las mejillas de un rojo vivo, así como los lóbulos de las orejas y las aletas de la nariz. Las pestañas, atiesadas por las motitas legañosas del rimel, hacían más blanco el blanco camelia de los ojos, y la pupila color tabaco brillaba más profunda en el fondo.

Con la cabeza echada atrás, la garganta llena y triunfadora, enseñaban el albor deslumbrante de los dientes de rata, en una risa que las envolvía todas y parecía hacer crepitar a su alrededor el polvillo de oro del aire.

—No dirás que no son bellas—repitió Emilio.

—Las encuentro muy lindas, pero, para mí, si no hubiera mujeres de otro color, se acababa el mundo.

—Eso pasa al principio, chico—dijo Manuel, que había permanecido callado escuchando la conversación de los dos españoles—; luego son ellas las que tienen más partido. He visto ir detrás de ellas hasta ministros.

—No digo que no, pero, mirad si hay mujeres que puedan competir con esas cubanas blancas, de cabellos lisos, sin esa cosa de "carneril" que hay en las otras.

Estaban en el viejo paseo del Prado, frente al "Annon", donde se detenía, a la vuelta del paseo, la multitud de automóviles charolados y brillantes, donde hermosas mujeres, elegantísimas, tomaban los refrescos de zumos de frutas que les servían en el mismo coche, sin dejar su muelle postura, recostada e indolente, según el tipo clásico de la criolla.

Habían llegado los dos aquella mañana y ya eran tres. Manuel se había unido a ellos como un viejo amigo. Habían bastado unas horas para hacerlos íntimos y que se tuteasen.

Su desconfianza europea cedía ante el nuevo camarada. Un paseo en compañía suya les había hecho ver que era muchacho de prestigio en su tierra. Lo conocían todos, lo saludaban cariñosamente desde todas partes, las más bellas mujeres le sonreían amables desde el fondo de sus automóviles.

—Soy cronista de teatros en el "Diario de la Isla" —les había confiado, riendo con su gran boca de rape, invitadora a la franqueza, amparada por la expresión noble de los ojos.

No se daba cuenta de cómo habían hecho aquella amistad. Dudaban acerca del camino que debían tomar para ir al Hotel Sevilla cuando Manuel se cruzó con ellos y voluntariamente, antes que se lo preguntaran, se lo señaló: era el edificio más alto de todos, el primer "rascanubes" que amenazaba con acabar de hacer perder a la Habana su simpático carácter típico, ganando en progreso lo que perdiera en romanticismo y tradición; sobresalía de los otros edificios, con esa cosa de único diente en encía desguarnecida que toman los altos edificios aislados. Y no le bastó a Manuel mostrárselo, se empeñó en acompañarlos y

V. de S.

no dejó de charlar en todo el tiempo: Eran casi compatriotas—decía—. Española era su madre y españoles sus abuelos y bisabuelos.

—Aquí—afirmaba—tenemos que ser españoles o negros, y yo, a Dios gracias, no azuleo.

Les enseñaba las uñas limpias del tinte azulino amarillento que se queda en ellas y en los labios al través de las generaciones cuando ha habido mezcla de color en los antepasados, por lejanos que sean.

Lo convidaron a almorzar y aceptó sin cumplimientos.

—Sólo un momento para avisar a mi madre y a mis hermanas que no me esperen—dijo—. Supongo que cuando me invitan es de buena voluntad y no quiero desairarlos; entre cubanos no se anda con boberías.

Aquella frase que se repetía siempre, desde que al irse los españoles y pretender la presidencia de la Audiencia un isleño, sin título, exclamó asombrado al ver que se lo exigían: "Pero también entre cubanos vamos a andar con boberías". Era la frase típica de esa franqueza isleña que no pasa jamás los límites de la cortesía y de la familiaridad de buen tono.

Después de la comida salieron de paseo. Los dos españoles no comprendían ya la Habana sin Manuel.

—Si no fuera por él no nos enteraríamos de las cosas de esta manera—se confesaban.

Tenían que permanecer allí algún tiempo para arreglar los asuntos de la testamentaría de un pariente, y en lugar de comenzar a pensar en el negocio y los medios de resolverlo se dejaban seducir por el programa de festejos que les ofrecía Manuel: él les presentaría amigos y familias "bien", los llevaría a los teatros, al periódico, a los clubs.

—Hay que verlo todo—decía—. Lástima que la Habana no sea ya sombra de lo que fué. Tenemos este año una zafra desastrosa, una ruina. La paz europea y la enmienda Platt nos han matado. Se había plan-

tado todo de caña, no tenemos los antiguos cafetales, y la baja del azúcar, de 30 que estaba en la guerra a 2 1/2 que está ahora, constituye la ruina.

Y se quejaba riendo, con un tonillo un poco falso, como de un daño que afligiese al vecino y que él plañía hipócritamente.

Empezó a contarles historias de suicidios y bancarrotas, de "cracks" financieros y escándalos sociales; de tragedias fantásticas, como la de Pote, que se suicidó, creyéndose arruinado y sus herederos se encontraron con veinte millones.

—En casa somos siete hermanos—dijo—, porque las familias son tan numerosas como en España. Creo que tendremos que ir a poblar los Estados Unidos. No hay más hombres que yo, pero no lo pasamos mal: las muchachas trabajan y ayudan, y los empresarios me tratan bien; porque aquí no es como en España: al cronista de teatros no lo paga el periódico, sino las empresas. Es una ventaja, porque así todas las obras son maravillosas y todos los artistas eminentes. De ninguna parte llevan mejor Prensa que de aquí. ¿A qué andar con boberías? En casa se come poco pero se ríe mucho. Ya nos conocerán.

II

Los dos amigos habían tratado de defenderse de la invitación familiar. Lo pasaban bien libres de las trabas sociales en aquellos días felices, especie de paréntesis en su vida de trabajo y que ya iba resultando demasiado largo. Se levantaban tarde, paseaban al azar por la ciudad donde todos parecían felices, a despecho de los cuentos de ruina y miseria. Eran todas gentes que iban bien vestidas, caminaban con paso de paseo, sin prisa ni preocupaciones, hablando y riendo de la mejor gana.

De noche iban a los clubs y se sucedían las cenas con lindas mujercitas de piel de niño y hablar meloso, apagado por las notas del *jazz*. Abundaban aquellas muchachas lindas que se apasionaban por ellos unas horas, como si hubiese de ser para toda la vida, y que sabían luego ser comprensivas y alejarse sin protesta. Tenía un círculo de alegres amiguitas que se miraban unas a otras con ojos celosos y alternaban con muchachos desocupados, grupiers y vendedores de drogas estupefacientes que les ofrecían obstinadamente su mercancía.

Algunas veces Manuel se sentía herido en su amor propio por aquella excesiva libertad de costumbres, sobre todo cuando asistían a los teatros del barrio de San Isidro o cuando los invitaban a alguna fiesta de color.

—La verdad es—confesaba—que en la Habana hay mucho "relajo".

Y luego añadía:

—No era así en el tiempo de los españoles.

Federico, más observador que Emilio, no podía contener la risa al ver cómo los cubanos que estaban contentos de la influencia norteamericana y lucían el calzado Hannon, el sombrero suelto y los trajes a estilo de los héroes de la pantalla, querían defender a España, como si comprendieran el espíritu superior con que ella los animaba.

—En los espíritus cubanos—le decía a su amigo—sigue dominando España, aun sin darse cuenta. Durante mucho tiempo la influencia yanqui será sólo externa. No se han libertado aún de nosotros.

Pero Manuel tenía verdadero empeño en que conocieran la sociedad de su país, tan distinta de aquella sociedad fácil que rodea a los extranjeros, y tuvieron que acceder a sus deseos...

Les daba pena dejar el paseo tan brillante y ostentoso, donde todo era alegría, animación, deslumbramiento.

—No sé si se debe al ambiente—decía Emilio—, pero la verdad es que ni las más importantes y famosas capitales de Europa ofrecen un conjunto tan seductor. Es incomparable.

Eran todo automóviles de las últimas marcas, lindas "cuñas", conducidas por mujeres elegantísimas; no se veía ni un coche de caballos; los mismos Ford, a los que llamaban despectivamente "Fotingos", y que sólo tomaban criadas, costureras y obreros para ir a las compras o a los talleres, se iban ocultando por las calles laterales para no descomponer el conjunto magnífico.

—Y tengan en cuenta—decía Manuel—que hoy no es de los mejores días. El Observatoro de Boston había anunciado un ciclón y muchas familias de las habituadas al paseo han dejado de venir, faltan muy lindos trenes. Miren la ciudad. Está como vendada.

—Pero si hace tan hermoso día.

—Eso aquí no significa nada. Ya sabéis que "El que tiene ropa pronto se viste" a veces; en los días más serenos las nubes se engrifan de pronto, y caen sobre la ciudad. Otras veces el mar se levanta, el ciclón traidor llega y arrastra cosas, personas; arroja los barcos unos contra otros o los estrella en el malecón. La grandeza de nuestras tempestades no la conocen en Europa.

—Ni se la envidiamos.

—Pues no creas que hacen tanto mal como parece, chico. El refrán cubano dice que "Año de ciclones año de doblones".

—Pero lo cierto es que el anunció del ciclón ha sembrado el espanto, y que como tú dices la ciudad parece vendada con tantas vallas y puntales como se han puesto por todas partes.

—Las precauciones no están de más. Nadie sabe lo que puede ocurrir. Vosotros no habéis visto volar las casas y tumbarse los barcos, no sabéis lo que es eso. Por fortuna ahora ha pasado el peligro. El vértice del ciclón ha tropezado con una ola de frío en las Bermudas y se ha deshecho. Otra vez será.

Llegaban a la plaza donde se alzaba la estatua de Maceo, y que Manuel calificaba del lugar más antiestético de la ciudad, cuando se cruzaron con otro automóvil. Una mujer se puso de pie y comenzó a mover a modo de alas los largos extremos de su bufanda de gasa...

—Es miss Harry, la yanqui que vino con nosotros en el vapor.

—¿Dónde se han metido todo este tiempo?—preguntó la dama—. Los he recordado mucho. He visto una fiesta de negros ñañigos maravillosa. Lástima que las prohiba la policía. Es estar en el interior de Africa, con sus ritos sensuales y misteriosos..., sus fetiches..., sus brujos. Admirable.

Se interrumpió con una carcajada.

Vde S

—Pero ¿no estáis borrachos?—exclamó tuteándolos de pronto—. Entonces ¿qué hacéis aquí? Idos al Diablo.

Cogió el ramo de flores del búcaro del carruaje y azotó con él la nuca del chofer.

—Corre—ordenó—. Vamos a tomar otra copita. Y vosotros no olvidar que os espero a cenar esta noche en el Ritz. No dejéis de traer a vuestro amigo.

Manuel se reía del asombro de los dos españoles.

—Esto es muy corriente aquí—les explicó—. Damas y caballeros correctísimos se creen desligados de toda consideración. Se emborrachan de Habana, una borrachera especial; el ambiente que se les sube a la cabeza. La vida es aquí violenta y sensual. El clima desgasta pronto juventud, belleza y vida. Hay que aprovechar el tiempo. Para los yanquis esto es como un balneario colocado entre la tierra y el cielo. De lo que hacen aquí no tienen que dar cuenta en el mundo.

Habían llegado y la madre de Manuel se adelantaba a recibirlos. Los dos amigos se miraron sorprendidos. En los españoles la raza era superior al medio. La figura de la anciana, con la cabellera de nieve, el vestido blanco y el continente hidalgo los transportaba a una vieja ciudad de Castilla.

Los saludó con un acento melifluo, que lo mismo podía ser andaluz que cubano, les ofreció a besar la mano con gesto de gran señora y les hizo pasar a una de aquellas amplias estancias de pocos muebles y muchas mecedoras, en la que se agrupaba la muchachada en torno de un gramófono.

—Esta es linda, esta es más, aquella también—pensaban los dos amigos ante el plantel de muchachas vestidas con trajes transparentes, que apenas velaban los senos sueltos y los cuerpos sin corsé.

Eran más de seis; las hermanas de Manuel habían llamado, en honor de ellos, algunas primas y vecinas...

Los rodearon con familiaridad, rivalizando en ofrecerles té, copas y dulces.

Todas les preguntaban cosas de España, de sus familias y de sus novias, como deseosas de oír el homenaje de negarles que la tuvieran.

Había también cinco jóvenes que parecían tan cortados como decidoras las doce muchachas.

Fué preciso que transcurriera un buen rato para que comenzaran a diferenciar unas de otras.

—Guarden silencio—dijo una joven menuda, vivaracha, con ojos azules y un rostro de blancura transparente—. Marirrosa va a recitar.

Era una de las hermanas de Manuel.

—Bien, Tula—dijo él—. Pero antes déjame que le presente a mis amigos.

Avanzó hacia una joven alta en demasía, de facciones correctas, algo duras y sombrías. Tenía un gesto un poco masculino, con las manos cruzadas a la espalda.

—Mi prima Marirrosa—dijo—. La muchacha más guapa de la Habana.

—No seas mamarracho—respondió ella, sin descomponer un músculo de su rostro al contestar; y le volvió la espalda.

Manuel dudó un momento entre si debería enfadarse y decidió tomarlo a broma.

—Ven a defenderme, Hidalgo.

Se adelantó un hombre de mediana estatura, delgado, con el rostro joven y la cabellera gris, un poco rizosa y encrespada.

—Déjame quieto, chico, que "puerco que se sale del trozo se lo come el jíbaro."

Pero Marirrosa había comenzado ya su recitado y atraía la atención de todos.

De pie, cerca de la columna, con su aire frío y desdeñoso, la joven cubana iba dejando que salieran versos de sus labios. A su acento dulce se mezclaba

=V de S=

una nota dura como de un dolor en medio del pecho.

Al acabar se acercaron a felicitarla.

—Demasiado fría—dijo Manuel, que no renunciaba a vengarse del desaire de su prima.

—Es que Marirrosa no es capaz de amar y por eso no sabe decir los versos de amor. Que recite algo patriótico y verán qué maravilla.

—No—dijo Tula—. Dejar en paz a Marirrosa y vamos a bailar.

La proposición fué recibida con júbilo.

Entretanto, la dueña de la casa inquiría las impresiones que su ciudad había causado a los dos españoles.

Es preciso que conozcan ustedes el interior de la Isla—les decía—. Conocer sólo la Habana no es conocer Cuba. Aquí no se encuentra más que el lujo y la ostentación; en las provincias no existe este "relajo", la vida es honorable, sencilla, de trabajo. Hasta la naturaleza es distinta. Tienen ustedes que ver la parte oriental, con sus bosques y su belleza tropical para saber lo que es Cuba.

Les hablaba con entusiasmo de las diferentes regiones y de los hombres como producto del suelo.

—Los criollos verdaderos—decía—los que arrasaban la zafra por patriotismo en tiempos de la guerra, los próceres y los héroes verdaderos, los campeones del machete, son provincianos.

—Camagüey nos ha dado casi todos los políticos—añadía—y Matanzas, los mejores artistas. En Cárdenas tenemos el mejor museo. No pueden dejar de ir a Cárdenas y conocer esa playa maravillosa, tan amplia que parece que se va a ver la orilla de Europa.

Hidalgo vino a proponerles que tomasen parte en el baile y los dos jóvenes fueron a buscar las parejas que les ofrecían.

En un descanso se encontraron solos.

—Me parece que estoy en España—comentó Emilio. ¡Qué diferente es esto de lo que conocíamos!

—En efecto, es nuestra sociedad, severa y afectuosa. Tiene toda la cordialidad y la distinción tradicionales de nuestra España.

—Pero advierte que aman su tierra sobre todas las cosas. Fíjate en la madre de Manuel, española y no tiene cariño más que para Cuba.

—¿Y las muchachas?— dijo Emilo— A cual es más bonita.

—Me interesa Marirrosa—dijo Federico—. Una mujer sin amores en esta tierra de hoguera es algo raro.

—Yo prefiero a Tula. Tiene algo de mariposa y parece que se le van a deshacer las alas.

En aquel momento resonó un grito desgarrador; una hermosa paloma blanca había venido a posarse en la balaustrada. Una de las jóvenes se había acercado a acariciarla.

Fué entonces cuando resonó el grito de la cocinera negra que acudía como para evitar un peligro.

—No le toque, amita, por caridad. La desgracia va a caer sobre esta casa.

Su emoción pareció comunicarse a todos unos momentos, durante los cuales el pobre animal, asustado de los gritos, pudo escapar.

Entonces les explicaron el terror de los negros a las palomas que llegan a las casas y su creencia de que el acogerlas o tocarlas trae la desgracia.

—¿Irá a venir el ciclón?—dijo una joven.

—No—respondió Tula—; San Lázaro nos ha librado de él.

—¿Es usted devota de San Lázaro?—le preguntó Emilio.

—Mucho; he visto milagros.

—¿Sí?

—Ya lo creo. Una amiga nuestra tenía un pleito, se encomendó a San Lázaro y, al día siguiente, se sui-

cidó su contrincante. Cuando el último ciclón, nos encomendamos al Santo, y cuando se cayó la casa ya estábamos en la calle. No mató más que a las tres criadas.

Al salir, Emilio iba pensativo.

—¿Qué te pasa?—le preguntó Federico.

—Que San Lázaro ha hecho el milagro de que me enamore de Tula, con toda su inconsistencia y todas sus absurdas supersticiones.

—Quizás es el mayor encanto.

—No sé, pero ahora es cuando comprendo ese "gancho" de las cubanas para cazar europeos.

III

El hotel resplandecía de luces. El *hall* estaba lleno de una brillante concurrencia, extranjeros en su mayoría, de esos que fletan diariamente en Key West, el puerto yanqui al que los cubanos llaman "Cayo Hueso", aereoplanos y ferri-boats, o bien, llegan en los yatchs de recreo, ansiosos de divertirse y de beber sin las restricciones de la Ley Seca.

—A cinco días de New York y parece que estamos en un mundo distinto—decían con entusiasmo—. Miss Harry estaba sentada al fondo, con la cabellera enmarañada, las piernas cruzadas en alto, hasta dejar ver el borde de las braguitas, enfundada en un púdico vestido transparente, sin mangas, pero que le cubría, por delante, hasta la garganta, y dejaban al aire, por detrás, toda la espalda desnuda. Sorbía golosamente un batido de coco.

Los llamó con las manos abiertas, palmas hacia abajo, agitándolas como abanico de tonta, y comenzó a gritar:

—Venid, proponerme alguna locura para después de cenar. Os quedáis conmigo; soy muy desgraciada; he tenido telegrama de mi marido, que me espera pasado mañana en la Florida; pero viene a emborracharnos aquí juntos o me divorcio.

Pasaron al comedor, y ella comenzó a hacer el menú de un modo desdeñoso:

—Sopa..., un asado..., espárragos..., dulce... Que no falten las trufas... ¿Os gustan las trufas? Yo seré capaz de resucitar para volver a comer trufas. De pes-

=V deS=

cado, merluza. Se me antoja aquí, por lo mismo que no la hay. En Europa, ni la pruebo. ¿Vino? Una de Borgoña para empezar.

Ellos apenas prestaban atención. Tiraba de sus ojos una estupenda mujer, de tez ambarina y cabellos intensamente negros.

Comía manejando el cubierto con mano de niña, como si jugase. A veces, adelantaba un poco la cabeza para buscar el bocado, que parecía besar al cogerlo entre los labios empurpurados...

—Es bella esa dama. ¿Verdad?—dijo miss Harry—. No se sabe cómo puede ser una mujer tan bonita. Trae locos o todos los huéspedes.

A los postres, entraron Manuel e Hidalgo.

—¿Por qué vinieron tan tarde? Pidan lo que quieran.

No se hicieron rogar, pero dejando, como discretos, al cuidado de ella el hacer el menú.

Miss Harry volvió a coger la lista y, un poco burlonamente, hizo la elección, cuidando más de lo suculento de los platos que de su distinción:

—Ajiaco, churasco, pavo... Que no falten choclos y aguacate.

La divertía ver el apetito de Manuel, cuya gran boca parecía hecha más para el deleite sensual de la comida que del beso.

Tenemos un negocio magnífico—decía el joven con su natural franqueza, excitada por la buena mesa—. Figúrense que Hidalgo le ha escrito al ministro de Marina de España, diciéndole, en una carta en verso, que tiene noticias de que el Directorio va a cambiar de lugar la Puerta del Sol y que no tiene medios de comprobarlo si él no le envía un billete o Carlos Manuel construye una carretera directa a Madrid.

—Tiene gracia.

—Lo que tiene gracia es que el ministro le ha enviado el billete de ida y vuelta en primera clase. Esos

rasgos no son capaces de tenerlos más que ministros españoles. ¿Verdad, miss Harry? ¡Cualquier día va uno con bromitas a Coodlige o a Calles.

—Es admirable—confesó la yanqui.

—A mí me va a llevar de secretario—continuó Manuel—. Estamos tratando el medio de allegar recursos para gastos de viaje. Un banquete de despedida, que Fernández anunciará en su diario, poniendo el consabido "asistiré", y se disputarán las tarjetas por el honor de comer a su lado.

—¿Tanta influencia tiene?

—Una cosa bestial. No se conoce otro caso semejante. A veces, pone su "asistiré" a cuatro o cinco cosas diferentes a la misma hora.

—¿Y qué ganáis con que vaya tanta gente al bante?—preguntó Federico.

—Que nos quedaremos con el dinero de las tarjetas.

—No me explico.

—Hay aquí cuatro establecimientos que se llaman "Recuerdos del Porvenir", y como no diremos en cuál de ellos va a tener lugar el banquete, los comensales irán de uno a otro y no darán con nosotros.

—¿Pero cómo vais a quedar? Si os fuerais para siempre.

Quedamos muy bien, porque nos damos el banquete los dos solos en el merendero que lleva ese nombre y está situado en el camino de Matanzas. No tenemos la culpa de que no den con él. Además, el comercio nos regalará champagne y lo venderemos luego.

Miss Harry reía de buena gana, regocijada con aquella bohemia; pero Federico y Emilio no quitaban ojo de la joven del traje de cristal.

Manuel siguió la dirección de la mirada y preguntó riendo:

—¿Estáis "fajando" a la linda Mercedes?

—¿La conoces?

—Tanto. Es la mujer de lujo de la Habana, de Yuca y Name. Si quieres te presento luego a ella.

—¿Por qué no ahora?—preguntó miss Harry.

—Señora...

—Déjese de convencionalismos. Es muy agradable tratar mujeres con ingenio a las que estamos destinadas a soportar la "buena sociedad". Convídela a tomar con nosotros una copa de champagne.

—Tal vez no quiera aceptar.

—Iremos nosotros a su mesa.

Una hora después habían fraternizado tanto, que parecían antiguos conocidos. Margot era una mujer encantadora, de modales finos y distinguidos por naturaleza, de esas mujeres que nacen aristocráticas. Su conversación fácil, de persona habituada a los viajes, aparentaba más cultura de la que realmente tenía. Miss Harry lamentaba tener que dejar una compañía tan agradable. Federico propuso un paseo por los alrededores al día siguiente, y las dos damas lo aceptaron con placer. Hidalgo y Manuel les servirían de cicerones para hacerles conocer las bellezas del paisaje. En cuanto a Emilio, se excusó, estaba comprometido con Tula y Marirrosa.

—Este, no es broma, que se casa y se queda en la Isla, que es como quedarse embarcado toda la vida —le decía Federico a Hidalgo—. Yo, desde que estoy aquí, tengo la impresión de que se mueve el suelo.

Aquella noche Federico no se separó de Hidalgo, dejó que Emilio acompañase a Manuel y a miss Harry, y se cogió del brazo de su amigo para ambular por las calles.

Hábilmente conducía la conversación para adquirir noticias de Mercedes.

—Es medio española, medio francesa—dijo Hidalgo—. Nació en Sevilla, pero su madre era francesa.

—¿Y cómo ha venido aquí?

V. de S

—Bonita, ambiciosa, descontenta de su vida mediocre... Lo de muchas.

—¿Sabes algo de ella?

—Es mujer de trastienda.

—Tomaremos un auto y nos iremos a comer "frita" y "perros calientes" a la playa de Marianao—propuso Federico, deseoso de hacer hablar a su amigo.

—Pero tú no te haces cuenta de la hora que es y de que yo estoy casado—dijo él.

—Es temprano.

—Pero yo antes de acostarme tengo que buscar la "pitanza" de mañana.

Entonces recordó el joven las confidencias de Manuel Hidalgo, vivía y mantenía su familia con decoro por un milagro de simpatía. Servicial, alegre, eternamente joven, se las arreglaba de manera que los amigos, sin que él les pidiera y sin que el aceptar constituyese una humillación, atendieran a todas sus necesidades. Todos sabían que podían fiar en su honradez, en su discreción y en que el día en que necesitasen un amigo leal podían contar con él.

Así le bastaba expresar una necesidad para que todos se apresurasen a resolverla. El, por su parte, cuando tenía dinero no era tacaño; al contrario, se apresuraba a gastarlo con sus amigos, con prisa de acabarlo pronto.

—No quiero acostarme sin el dinero que necesita al día siguiente mi familia—decía—, pero si tengo una peseta más me estorba.

Cuando lo tachaban de imprevisor se reía.

—Tengo tres hijos que sabrán dentro de un par de años ganar para ellos y para su madre. Ya he cumplido mi misión. Yo no necesito nada.

—No te preocupes de mañana—le dijo Federico—y sigamos nuestro paseo.

—¿Tanto te interesa Mercedes, que no puedes esperar a mañana para hablar de ella?

—Es verdad, lo confieso.

La noche se prestaba a las confidencias; era una de esas noches blandas de la Habana. La brisa del mar contribuía a dar aquella sensación de estar embarcado que experimentaba Federico.

El semicírculo del malecón, con su doble fila de luces, parecía la mandíbula de un enorme tiburón, cuyos colmillos reluciesen. Corría el auto por aquel maravilloso camino enflorado, a la orilla del mar, y Federico oía atento el relato. En realidad, Hidalgo sabía bien poco. Merecedes había viajado triunfante, gracias a su belleza y a su ingenio, por toda América. Se referían graciosas anécdotas de ella.

En Venezuela, donde hacía una gran figura y asistía a los paseos de moda, que eran ir detrás del Presidente, fué amiga de casi de todas las damas que habían gozado del favor presidencial, y que iban siempre juntas y enemigas a todas partes, de tal modo que en el teatro se les reservaban tres filas de butacas para ellas solas.

Allí había conocido a un pintor con el que se fué a Méjico, presentándose como pintora. Tenía un lienzo en su caballete siempre, pero no pintaba más que a solas. El pobre pintor, enloquecido de amor, no salía de sus habitaciones. Ella lo hacía pasar por un aya, gruñona y reumática, que la acompañaba y no quería dar a nadie.

Pintaba retratos carísimos, deslumbraba hablando de pintura, con los términos que oía a su enamorado: "valores planos..., colores calientes..." No sabía lo que decía y tenía el talento de parecer que decía algo.

Pero aquellos amores tuvieron su desenlace en el Juzgado el día que, por un nuevo capricho, abandonó al pintor después de haber vendido toda su obra.

El nuevo amigo era escritor, y como escritora apareció en el Perú, donde deslumbraba con sus artícu-

los. Pero sus amores duraron poco y el día que él desapareció tuvo que fingir un ataque de neurastenia que le impedía coger la pluma.

En la Habana la habían acogido en palmas; aunque se sospechaba un poco, las damas la recibían: parte, por algo de curiosidad; parte, por esa táctica femenina que desea tener al enemigo cerca. Los hombres, aunque no dudaban, consentían, en aras de su espíritu de galanteadores.

Todos los orondos señores presidentes de centros regionales dieron fiestas en su honor, aprovechando la ocasión para lucir todos los socios sus medallas y sus trapitos de cristianar.

Contribuía a su prestigio el presentarse como mujer rica. Iba siempre bien vestida, con los perfumes más caros de Gabilla o de Bichara. Su carácter, frío y calculador, parecía aumentar la distinción, que cuidaba de exagerar. No se le conocían caprichos amorosos; sus caprichos eran las joyas y los trajes.

Se hablaba de sus compras: un día entraba en una sombrería y se llevaba todos los modelos; otro, compraba varias docenas de medias de diferentes colores, o se llevaba una veintena de corsés. No había día que no comprase un traje o un abrigo.

Cada barco que llegaba de Europa le llevaba un pedido de París, cosa de tanto prestigio para las elegantes, que solían chafar sus modelos para fingir que los recibían de Francia. Como era una de las mejores clientes, salía con frecuencia su retrato en las planas de los periódicos, que se reservaba "El Encanto".

Además, Fernández, el "Petronio cubano", la había lanzado con su patente de elegante.

—Una locura, chico—decía Hidalgo—. No había quien se comparase con ella.

—¿Y ahora?

—Ha decaído un poco. Se ha visto demasiado claro

de dónde salía todo y la "gente bien" ya no la recibe, pero ella sigue triunfando siempre. Gasta una fortuna. Es tan caritativa que, cuando sale, los pobres rodean su auto. Hace todo el bien que puede.

Habían llegado frente a las barracas de Marianao, ante las cuales había una larga fila de automóviles. Hidalgo pidió uno de aquellos chorizos que llamaban, humorísticamente, "perros calientes"; pero Federico, temiendo que hubiera demasiada verdad en la broma, prefirió una "frita".

Les sirvió un hombre gordo, alegre, envuelto en amplio delantal blanco, obsequioso y dicharachero. Se escuchaban los acordes de una guitarra y la voz melosa y algo gangueante de un tenor negro, que cantaba:

"¿Dónde se fué?"
"¿Dónde se fué?"
"¿Dónde se fué?"

Y se quedaron con la gana de saber más, porque durante la media hora que estuvieron allí el cantor no pasó al otro verso.

No quisieron llamar la atención de miss Harry y de Manuel, que cenaban en el fondo de otro automóvil, tan entretenidos, que no los vieron.

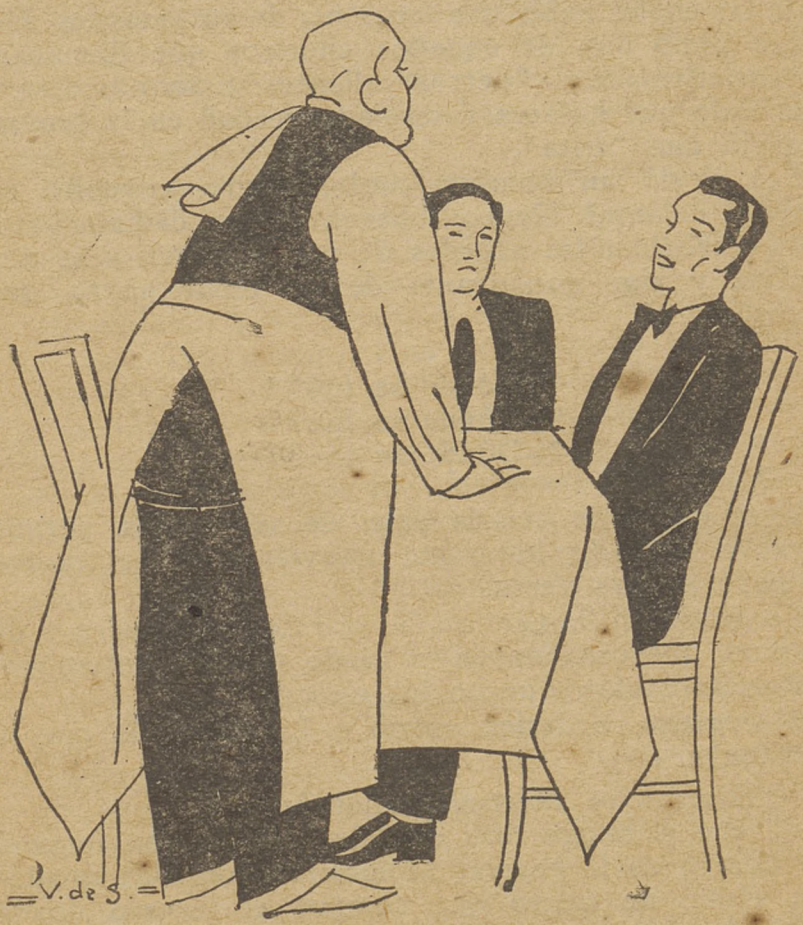
Al regreso, Federico volvió a hablar de lo que le interesaba.

—¿Cómo vive Mercedes ahora?

—Tiene el amigo más rico de la Isla. Una fortuna del tiempo de la guerra. Se hicieron fortunas fabulosas. Hubo un negro que compró el ingenio donde trabajaba, se mandó construir un palacio y compró un piano a cada una de sus ocho hijas.

—¿Y este señor es de esos?

—Este se la da de clubman, montado a "la haute allure". Es de los que cambian de auto todas las se-


V. de S.

manas para estrenar las nuevas marcas; no puede faltar al teatro, ni a las carreras, sin contar el obligado viaje de buen tono a Europa. Ahora está en Montecarlo, por eso ha podido aceptar ella el paseo, pues es absorbente y no la deja moverse.

—¿Enamorado?

—Orgulloso. Casi siempre, los celos no son más que amor propio y soberbia. Le gusta que su amiga le sea fiel y aparente quererlo. Para eso la lleva llena de brillantes. Es como el escaparate en donde hace ostentación de su dinero. No buscan la mujer que les gusta a ellos, sino la que les gusta a los demás. La mujer de moda la cambian lo mismo que los autos. Yo creo que Mercedes le dura ya demasiado tiempo. Debe ser muy seductora.

Cuando se separaron, Hidalgo iba contento, con su billete de diez dólares, y, Federico, se quedaba indignado de sentir tanto interés por una desconocida.

IV

MANUEL y miss Harry habían faltado a la cita. Sólo Hidalgo acompañaba a Mercedes y a Federico, los cuales iban encantados con la belleza del paisaje.

—Hoy me parece todo diferente de lo que he visto siempre—decía ella—. No había gozado así este ambiente de la campiña; tal vez se deba a las evocaciones de Hidalgo.

—En efecto, nos sugestiona con el relato de esas escenas y esas luchas que tuvieron lugar aquí. Parece que esta tristeza que existe en el paisaje es debida al dolor que guardan los lugares donde muere mucha gente.

—Yo nunca hubiera creído que el paisaje cubano fuese así, pensaba en bosques de flores y de palmas.

La realidad era otra: una gran llanura melancólica, sin más árboles que los grupos de palmeras, que crecían aisladas, meciéndose majestuosamente, y parecían pinceles dibujando los paisajes del cielo.

—Lo que más entristece es no ver más aves que esa especie de cuervos que llaman "auras tiñosas"

Hidalgo explicó que aquellos animales ejercían allí, donde las condiciones de saneamiento dejaban mucho que desear, un papel importante. Eran ellos los que se comían los cadáveres de los animales insepultos, evitando así la peste y las epidemias.

—Los negros y los chinos—dijo—solían cazarlas para comerlas, y se tuvo que prohibir que se las ma-

tase bajo penas severas. Esto dió origen a que las llamen "las gallinas del gobernador".

—La verdad es que asustan con esos vuelos bajos y agresivos. Parece que olfatean un cadáver y que quizás lo somos ya nosotros.

Pasaban ante suntuosas quintas, a las que conducían las largas guardas de palmeras, de blancos troncos y airoso penacho.

Mercedes mostró deseos de coger un coco.

—Debe saber mejor su agua al pie del cocotero que en los batidos que nos dan en la Habana—dijo.

—¿No prefiriría usted una taza de café?—preguntó Hidalgo.

—No. El café de la Habana es malo. A mí, que venía llena de ilusiones de gozar de mi vicio favorito, me había defraudado.

—Vamos a ir a una hacienda donde nos darán el café legítimo, el café "arriero"—dijo Hidalgo—. Es preciso tomarlo así, hecho en puchero y cerca del mismo cafetal para saber lo que es el café habanero, tan distinto de ese brebaje que se toma en la capital, ya desubstanciado y sin cafeína.

Los llevó hasta una apartada morada de guajiros, amigos suyos, que los recibieron obsequiosos y les ofrecieron su famoso "café arriero" y el agua fresca del coco tierno, que deseaba Mercedes.

Era un espectáculo emocionante ver subir a aquellos hombres por el tronco liso de la palmera, como por una cucaña, amarrados con un lazo corredizo a la pierna, de modo que no se podían caer, y alcanzar el fruto, que caía como una enorme piedra, al pie del árbol.

El partirlo con el machete, de arriba abajo, sosteniéndolo en la mano, era un alarde de destreza. Daba la impresión de que se iban a mutilar el brazo.

—Nunca he bebido nada que me haya gustado tanto—decía Mercedes, sorbiendo golosa el fresco jugo.

Federico la miraba encantado. No le parecía la mujer cuya historia le habían referido. Tiene un alma tan hermosa como su cara—pensaba—. Podía ser una mujer encantadora y buena si encontrase un hombre capaz de amarla y comprenderla.

Al regreso, dieron la vuelta por la Cabaña.

—Este paseo, desde el que se domina todo el mar, es el más bello de la Habana—dijo Hidalgo— y, sin embargo, es el menos concurrido, apenas si vienen los enamorados que gustan de la soledad. Ya conocerán ustedes la copla:

"Tres cosas tiene la Habana
que no las tiene Madrid:
son el Morro, la Cabaña
y ver los barcos salir
por la carrera de España."

Como para darle la razón de la hermosura del paisaje, las siluetas prestigiosas de la Cabaña y del Morro se destacaban de la sombra con que el rápido crepúsculo lo envolvía todo.

—Ya saben la anécdota—continuó Hidalgo—de que Fernando VII miraba con un anteojo, desde el Palacio Real de Madrid, deseoso de distinguir la Cabaña.

—Eso es—respondió, ya cansado de tanta alabanza Federico—, que costaba bastante dinero para que se la pudiera haber visto desde todos los puntos de la tierra.

Empezaban a encenderse las luces como si brotasen estrellas en el cielo, igual que iban abriendo en la tierra.

Se escuchaba una de esas canciones cubanas, perezosas y acariciantes:

"Yo no tumbo caña,
que la tumbe el viento.

=V de S =

Que la tumbe Machado
con el pensamiento.
Que la tumbe Tula
con su movimiento.
Yo no tumbo caña,
que la tumbe el viento.
Yo no tumbo caña,
que la tumbe el viento.
Yo no tumbo caña..."

—Se ha hecho de noche en dos minutos. Hay que volver a la ciudad—dijo Mercedes.

—Nunca he visto anochecer tan rápidamente, ni tan intempestivamente—dijo Federico.

—Pues yo achaco a esta carencia de crepúsculo el carácter alegre de la Habana—dijo Mercedes—. No conocen esa gran melancolía que el crepúsculo pone en las almas.

Al llegar al hotel, ella propuso:

—Quédense a cenar conmigo.

—Tengo que llevar la "pitanza" de mañana a casa —manifestó Hidalgo.

Federico sentía deseos de aceptar. Llevó aparte a su amigo y le dijo:

—Toma diez dólares y quédate.

—Gracias, chico—respondió él, guardándoselos—; pero te hago más favor dejándote solo.

Y antes que su amigo respondiera, se acercó a la joven y le dijo:

—Bueno, Mercedes, Federico se queda. Sean felices... ¿A qué andar con boberías?

V

Los amores, comenzados con tanta sencillez, se habían vuelto de una tiranía insoportable.

Al principio no habían dado importancia a su unión. Les parecía la cosa más natural del mundo.

Ella daba el ejemplo de no creer en la importancia de realizar sus amores.

A veces la vista de una fuente de agua clara despierta la sed o el olor de una fruta excita el apetito. El amor así nacido no tiene más importancia que beberse un vaso de agua o comerse una manzana. ¿A qué contrariar a la Naturaleza?

Pero bien pronto la levadura árabe que existe en el carácter español se impuso. Federico se apasionó de ella de un modo absorbente, rabioso, con esa especie de "amor odio" que excita a las continuas desavenencias y, al mismo tiempo, no dejar escapar su presa.

—Tienes que ser sólo mía—le decía.

Ya no le bastaba la docilidad de la joven para dejar de irritarse por todo. Tenía celos del pasado y de lo por venir.

Se había aferrado a la idea de lo que él llamaba "regeneración" de Mercedes.

Ella sufría al ir perdiendo su hermosa inconsciencia; pero se sentía unida a él por aquella nota de ternura y de respeto que no había encontrado en ninguno de sus enamorados.

A veces Federico se arrepentía de su intolerancia. ¿Pensaba él, acaso, en dedicarle su vida? ¿Por qué

había de martirizarla? Formaba el propósito de ser más tolerante; pero la belleza de la joven, la aureola de deseos que parecía circundarla, lo volvía rabioso y arbitrario.

Cuando algún día ella se entregaba al placer de sus compras, tenía que introducir de contrabando los objetos en sus habitaciones. El, que no poseía fortuna más que para regalarle cosas triviales, se indignaba de sus gastos.

Mercedes tenía que mentir acerca del precio de sus vestidos y le hacía sufrir la imposición de no vestirse y alhajarse con la libertad a que estaba acostumbrada.

Circunstancias independientes de su voluntad habían hecho más íntima aquella unión.

Un día el dueño del hotel anunció a sus clientes que, en el plazo de treinta días, habían de dejar libres sus habitaciones. Una expedición de turistas yanquis, que venían a pasar el invierno a Cuba, lo había adquirido todo entero a un precio fabuloso.

—¿Por qué no prohibirían a los americanos salir de su tierra lo mismo que prohiben la entrada a los extranjeros?—decía Federico indignado—; son ellos los que dan aquí el mal ejemplo.

En efecto, los cubanos no eran borrachos. Se hacía en la Habana más consumo de batidos de coco, el rico brebaje del agua de coco batida con miel, y de zumo de frutas que de alcohol.

Una de las cosas más encantadoras de la Habana era aquel "juego de las cuatro esquinas", que parecían realizar en cada cruce de calles los cafés, establecidos unos frente a otros en todos los esquinazos.

Había en cada uno una frutería, un limpiabotas, una cigarrería y un puesto de periódicos.

Era lo que mejor daba la idea de la vida habanera. La gente que, después del trabajo, acudía allí a tomar el café y los refrescos y aprovechaba el tiempo para

que le limpiasen el calzado y leer los periódicos, fumándose un magnífico habano.

Daban aquellos cafés de las cuatro esquinas su carácter más típico a la Habana: eran, con sus grandes puertas metálicas abiertas día y noche y sus escasas paredes, como soportales que recordaban las logias italianas.

Sólo los yanquis y los extranjeros iban a emborracharse y dar el mal ejemplo, que hace hablar del "relajo" de la Habana.

Pero el tener que dejar el hotel hizo surgir en ellos el sueño idílico de una casita independiente.

Los proyectos de amueblamiento y la busca de la casa los entretenía, y durante una semana pareció unirlos más.

Primero se discutía el lugar donde colocarían su morada. Había una gran separación entre los barrios populares, los antiguos y los de nueva creación.

Era el "Cerro" el lugar de todas las viejas familias aristocráticas; el "Velado" tenía la preferencia de la gente de dinero, y la "Víbora" era favorita de los grandes comerciantes. Todos aquellos barrios nuevos tenían algo de ciudad griega antigua, según la idea que se habían formado de ella.

Tenían aquellos barrios algo de una Pompeya reconstruída, con las casas de bellos atrios rodeados de columnas, palmeras y jardines enflorados.

—Aquí se adquiere la mala costumbre de curiosear lo que pasa dentro de la casa ajena—decía Emilio.

Se veían unas habitaciones a través de las otras, hasta llegar al fondo de la vivienda. No era la necesidad del clima tropical la que se reflejaba en eso, porque en Colón y en Balboa las celosías de madera ocultan los interiores a la mirada. Era la sociabilidad, el dinamismo del pueblo mostrándose con toda su cordialidad y despreocupación.

Veían las camas hechas, las mesas puestas, las co-

cineras negras al lado de los fogones encendidos; las mujeres y los hombres meciéndose en los patios.

Los paseo de "Almenares", el "Campo de Marte" y "Central Parque" la atraían con su suntuosidad. Otras veces sus espíritus, abiertos por la pasión a todas las sensaciones, les hacían sentir el encanto romántico de la Habana colonial. Muchas noches paseaban por aquellas calles estrechas con edificios de antiguo estilo español, donde lucían viejos escudos, grandes ménsulas y los chatos balcones de los entresuelos con celosías, detrás de las cuales parecía que debía seguir viviendo alguna dama criolla, de las que aparecen en los clásicos gabinetes tendidas en el sofá, mientras la negra les hace aire con el gran abanico de palma.

—Me gustaría vivir en esta "Casa del Pirata"—decía Federico al llegar a la "plaza de la Catedral", donde parecía penetrarse, no en un lugar distinto, sino en un siglo diferente.

—A mí me daría miedo—respondía ella—. No sé qué leyendas me finjo en esa casa; debe haber espíritus de asesinados en pena.

—Tienes algo de razón; parece que aquí vive algo que balbucea un secreto.

—Es mi mismo impresión. Si quisiera aprender la Historia de Cuba me sentaría al lado de esta fuente, y estoy segura de que me la contaba.

—Resultaría entonces una historia triste.

Daba esa sensación el agua, que goteaba en el viejo y carcomido tazón con rumor de lágrimas.

Al fin Mercedes se decidió a ir a consultar a Fernández. El árbitro de las elegancias recibía una vez a la semana.

Tenía algo su casa ese día de templo al que acuden las hijas de confesión.

Alto, fuerte, excesivamente grueso, como un senador romano, Fernández debía poseer uno de esos tem-

peramentos magnéticos que sugestionan, un aura que le ganaba las voluntades.

Como había manifestado Hidalgo, era un caso de influencia único en el mundo.

No había nadie más popular que él en la Habana. Cuando en alguna fiesta o recepción aparecía al lado del presidente de la República, eran más entusiastas las manifestaciones que le tributaban a él que las que hacían al jefe del Estado.

Sólo él podía hacer la reputación de una mujer, para que fuese recibida de toda la buena sociedad, o la fortuna de una artista.

El famoso "asistiré" era garantía de éxito para una empresa.

Era él quien daba o quitaba las patentes de elegantes. Se contaba que el dueño de un establecimiento de modas, desesperado de no poder vender ni una corbata de su último pedido, había regalado una a Fernández. Este apareció con ella en el teatro, y a la semana siguiente el infeliz comerciante las había vendido todas.

El hubiera podido vivir sin dinero. No tenía que gastar nada. Se lo regalaban todo, y su popularidad era tanta, que una temporada que dejó de escribir en "El Diario de la Isla", a pesar del prestigio del periódico, se borraron el setenta y cinco por ciento de los suscriptores.

El día que recibía acudían las damas, previa audiencia. Se lo contaban todo: sus disgustos domésticos, sus proyectos. Le pedían consejos y enseñanzas.

Por fortuna, Fernández era un hombre sensato, honrado y bueno, que las oía como sacerdote y que usaba su influencia como un antineurasténico. Se le debía así la paz de muchos hogares.

Aquel día, al llegar Mercedes, había muchas damas haciendo antesala. La casa tenía un ambiente de

esos fuertes y exquisitos perfumes orientales que los chinos van dejando, fiado, de casa en casa.

Era la facilidad en poder adquirir todas las cosas. Otro de los secretos de la elegante ostentación de las cubanas. Se les ofrecía todo a pagar con ínfimas mensualidades; lo mismo los perfumes del Oriente que los cosméticos franceses y los elegantes abrigos y trajes de Nueva York.

Fernández tenía una casa suntuosa, de buen gusto: paredes cubiertas de terciopelo rojo de Génova, tapices de Arras, sillería de cuero de Córdoba, alfombras de Esmirna, cuadros de las mejores firmas de Europa y preciosas porcelanas de Delf y Rouen. Se veía que era merecida la fama de elegancia y distinción.

En aquel momento de aparecer Mercedes, la saludó una bella dama que iba a entrar en el confesonario.

—Qué pena que no hayas venido antes. Me hubiera gustado conversar contigo. ¡Pero tengo tanta prisa! El domingo come con nosotros el señor Arzobispo, y hay que enterarse cómo se le coloca en la mesa. Por fortuna, Fernández lo sabe todo.

Se veía que ella deseaba que todos supieran a lo que iba. Seguramente casi todas deseaban lo mismo, porque fingiendo bajar la voz, para llegar al diapasón de las confidencias, dejaban oír con claridad sus palabras.

Oía la queja de una linda casadita.

—Es peor esta vida de picaduras de alfiler que una puñalada.

—No son cosas graves.

—Te lo parece a ti. Pero no sabes el tormento de que jamás esté conforme con nada. "Qué mal te sienta ese sombrero." "Ese color es para otro tipo." "Ese traje es para mujer más joven."

—Rarezas...

—Insoportables. No salgas. ¿Dónde vas? ¿Por qué

has hecho eso? No compres aquello. Es una contrariedad y un renunciamiento continuos.

—Pero es bueno, te quiere.

—Dentro de casa. Salir conmigo parece que le avergüenza. "Anda derecha" "Recógete el cabello". No me halla bastante *chic*. Cuando habla de las otras dice: "Las elegantes". Es menester que Fernández me ponga en la lista *chic*, para que me deje tranquila.

En el extremo del sofá conversaban otras dos damas.

—¿Has visto a las de Almuñecar? Se murió el padre, están en la miseria y fíjate qué humos.

—Y qué luto tan "pirandesco". Sobre todo la mamá.

—Esto se está poniendo insoportable. ¡Hay tanta cursi!

—¿Viste la Exposición?

—No fuí.

—¿Y a la conferencia de Martínez Muñoz?

—Sí... Dicen que estuvo bien; pero me tocó al lado de Rosalía, y no me dejó oír una palabra charlando todo el tiempo de las cosas que se ha traído de Biarritz.

Una hablaba de su deseo de que Fernández le diese un plan de alimentación.

—Desde que me casé estoy enferma de los atracones de ajiaco que me da mi suegra.

—Tú lo que quieres es conservar la línea.

—Conservar el espíritu, que se embota con tanta bazofia. Si lo dijera Fernández, me salvaba.

Había una que estaba furiosa.

—Estoy decidida a divorciarme. Mi marido quiere una mujer del siglo pasado; como su madre, que vaya a misa todas las mañanas, entre otras cosas porque eso la obliga a madrugar, y que rece el rosario todas las tardes. Y, ¡claro!, a eso va unido usar el vestido largo, nada de descote, el clásico moño... Yo soy una

mujer de mi tiempo. Dice que enseño las piernas. Las enseñaré mientras las tenga bonitas. Precisamente vengo a consultarle a Fernández qué clase de medias se estilan.

Una graciosa feminista se entretenía en escandalizar a su interlocutora.

—¿Qué tu marido te da celos? Dáselos tú a él. Ya sabes que debemos ser iguales.

—Sí; pero no es lo mismo...

—Pero se necesita tener algo que hacerse perdonar para que podamos perdonar nosotras y que no se escape el amor por la brecha de la falta ajena. Tenemos que hacer que nos perdonen nuestras deudas, para perdonar a nuestros deudores.

—Es que mi marido no me comprende.

—Eso es más grave. Adoramos a Dios sin comprenderle, pero es porque sabemos que El nos comprende.

Nunca había ido Mercedes a aquella audiencia de Fernández, y era ahora cuando se daba cuenta, por vez primera, al oír las conversaciones de las damas, del carácter de aquel hombre, que parecía no tomar nada en serio y solía repetir:

—Hay que aprovechar los días antes de que nos embalsamen.

Y no era que no tomase realmente con seriedad la vida, sino que estaba firme en su creencia de que todo lo trascendental había ya pasado de moda.

—La risa es lo que mejor derroca las instituciones más firmes—decía—. El cañón moderno es la caricatura y el humorismo la metralla.

Tal vez por eso aquella frivolidad aparente realizaba un apostolado y llevaba la paz y el consuelo a muchas almas femeninas.

Con Mercedes estuvo severo. No aprobó su proyecto.

—Nada de términos medios, chica—le dijo—; o

amas y te casas o sigues tu vida. Las vacilaciones en el camino suelen costar caras.

De un modo discreto le hacía comprender que la casa no se podía improvisar sin la selección de muchos días.

Una mujer a la moda necesitaba el lujo que tenía fácilmente en el hotel y que no podía tener en su casa, allí donde el refinamiento en las moradas alcanzaba un grado insospechable. Había quintas con jardines que se recorrían en auto y llegaban hasta los embarcaderos, donde esperaban las canoas de paseo. Las decoraciones suntuosas de herrajes de oro y baño de alabastro eran habituales. Respecto a la servidumbre, le contaba anécdotas de las suyas.

—Ahora tengo un buen criado, pero pienso despedirlo. Tiene la especialidad de que todos los amos mueren en sus brazos. Es como tener un patíbulo al lado.

Al despedirla le dió un paternal golpecito en la mejilla.

—Creo que no me harás caso. Es lo que me sucede con el setenta y cinco por ciento de las que vienen a consultarme. ¡Y luego hablan de mi influencia!

VI

Comenzaron a ocurrírsele nombres de sus antiguos amigos, los que se habían mostrado más rendidos, desdeñados unos, triunfadores los otros; pero todos dispuestos a servirla.

¿Cómo avisarles? Se hacía difícil enviar misivas a sus casas. La mayoría eran casados, y ella sabía bien que lo que no perdonan los hombres es que se les originen disgustos domésticos.

¡Si supiera sus teléfonos! Pero había existido ya en ellos una infidelidad, para prevenir y preparar la retirada, al no dar el número secreto de sus teléfonos; ese número que no aparece en la guía, que no comunican las telefonistas, y que sólo saben los íntimos. La persona a quien se da ese número es a la que se le hace el honor de dejarla penetrar en lo más entrañable del hogar. A ella no le habían confiado ese secreto.

Aquella costumbre, nacida de la necesidad de evitar el "choteo", hijo de la "guasa viva" de Andalucía, convertía cada teléfono en algo así como teléfono de jefe de Estado. Aislaba de la comunidad con los demás abonados.

Sin esa precaución era imposible en la Habana tener teléfono. Se había vulgarizado tanto, que cada persona tenía un aparato al lado de la cama y otro en el comedor.

Así, ya al levantarse, ya en la siesta o en la sobremesa, el hablar con amigos o desconocidos era un deporte para pasar el rato.

Y no era lo malo los que molestaban por el deseo de entretenerse y charlar; sino los que insultaban con bromas de mal gusto, o valiéndose del anónimo, revelaban a las esposas las faltas de sus cónyuges.

Así se hacía tan difícil hablar por teléfono con las personas que no tenían oficinas y un empleado para recibir los recados.

Aun hubo algunos que le prestaron una cortés atención, y por un momento sufrió el engaño de creerse en sus momentos de triunfo.

Algún convite, alguna cena, algún paseo; tratando de disimularse y que no los viesen con ella, en vez de lucirla con el orgullo con que seguían antes sus pasos al entrar en un salón o en un comedor, cuando dejaba caer el abrigo con un gesto de estatua que se desvela.

Cuasi siempre eran ellos los que faltaban a las citas, sin tomarse apenas la molestia de disculparse.

Tenía Mercedes demasiado talento para no comprender que su reinado galante estaba terminado. Era siempre bella, no había decadencia en su hermosura; pero la rueda, que giraba más vertiginosamente en la Habana que en cualquiera otro punto, la había triturado. Había dejado de ser "novedad" y tenía que ceder el paso a otras bellezas de las que llegaban en aquellos barcos, que conducían mujeres sin rumbo de todas partes del mundo.

Ella no podía ya continuar siendo la que imponía la moda y las extravagancias. Los modistos, que le ofrecían hasta de valde sus creaciones, se negaban a fiarle la más modesta toilette.

Las joyas no sólo no se renovaban, sino que disminuían. Se iban perdiendo en las casas de préstamos. Alhajas que valían miles de dólares se empeñaban por una exigua cantidad, con el deseo de hacer más fácil el recobrarla.

La influencia de los brillantes era importantísima.

No se ha estudiado bien la importancia del brillante en relación con la mujer. Tenía algo de "piedra de pecado" enemiga de la virtud, algo de "ascua del infierno", como decían los que predicaban contra el lujo.

Pero lo cierto era que los brillantes ayudaban a su dueña para excitar los deseos amorosos. Parecía que poseían a la vez la mujer y sus brillantes. Estos la avaloraban, la hacían su don más rico.

Sus muebles seguían la misma trayectoria de las joyas: dos veces había cambiado de casa; ya no tenía automóvil, ni más servidumbre que la negra Blanquita, siempre enseñando sus dientes blancos y haciendo bailar los ojos de porcelana, con brillos de espejuelo. Era una especie de perro silencioso, tendida en el suelo sobre un periódico, delante de la puerta de la casa, durante todo el tiempo que los pocos quehaceres domésticos le dejaban libre.

Llegaron los días sórdidos, en que había escasamente para la ración de Blanquita y para su taza de café.

La negra la miraba con sus ojos relucientes, que no se sabía si expresaban alegría o tristeza, y le decía:

—¡Ay, amita, si yo fuese blanca!

La tragedia de su vida era ser negra. Ella la refería en pocas palabras.

—Mamá es negra y papá es gallego. Yo he salido a mamá y mi hermano al padre. El es diputado y un caballero, y a mí, como soy negra, no me quieren ni me hacen caso. Pero yo tendré hijos blancos...

Aquella idea la consolaba. Tener hijos blancos era dignificarse un poco, algo así como tener la entraña blanca.

Por eso las negras perseguían a los gallegos, con el ansia de ver blanquear sus hijos y hacer, según decían, "adelantar la raza".

En cambio, la mayoría de las mujeres blancas re-

chazaban a los negros. La naturaleza femenina no se prestaba al retroceso. El moldear los seres con más dificultad que el hombre, hacía experimentar a la mujer, en la turquesa de su entraña, la repugnancia instintiva a inferiorizar la raza."

Pero se iba formando una raza de "mulatas nuevas", hijas de negra y gallego, que gozaban fama de hermosura.

Las verdaderas mujeres que merecían ser llamadas con el superlativo de las grandes bellezas, las mujeres de "yuca y ñame", que hacían competencia ventajosa a las blancas.

Estaban ya lejos los tiempos en que los periódicos de la Isla anunciaban diariamente: "Se cambia una negra joven por una mula" o bien: "Se vende una negra con cinco negrillones, juntos o por piezas".

Mercedes veía avanzar los días, que le daban la impresión de empujones para bajar la cuesta.

La vida se le hacía cada vez más difícil; muchas noches no había quien la invitase a cenar, y tenía que contentarse con esa taza de café con leche, que deja más impresión de terror en el recuerdo de todos los que han padecido hambre que el hambre misma.

No podía alternar en los antiguos círculos. Fernández ya no la recibía. Tenía que ir a los clubs de baja estofa. A veces aceptó el vender cocaína y morfina.

Tenía que alternar allí con "negros curros", con gentes de la peor educación. A veces acababan las reuniones en pendencias y sangre. Más de una vez había ido con sus compañeras a la cárcel.

Eran asustadoras aquellas riñas, en que se "fajaban" dos matones. La gente no intervenía en ellas. Servían sólo de espectadores, como en un duelo, para ver que peleaban lealmente, pero no los separaban aunque se matasen.

Por fortuna, había sangre pocas veces. En los mo-

mentos más terribles, cuando aparecían dispuestos a comerse los hígados, se le ocurría a uno decir:

—Más valía que nos respetáramos.

Y el otro contestaba:

—Debíamos respetarnos.

—Pues vamos a respetarnos.

Y acababan dándose las manos y marchándose a cenar juntos, para respetarse mejor.

Una noche vió a Federico que acompañaba a Emilio y Tula, recién casados. El la vió también. Debió conocer su tragedia de hambre y de miseria y sentir una gran compasión. Se acercó a ella y le puso en la mano dos billetes de veinte dólares. Ella los tomó sin saber cómo; pero al verlo desaparecer detrás de la esquina, sin volver la cabeza, tiró los billetes al suelo, los aplastó con el pie y fué a acostarse sin cenar.

Pocos días después Blanquita envolvió en el periódico que le servía de cama sus dos camisas y sus dos batas de linón azules y blancas, y se marchó sin decir más que un:

—Adiós, niña.

Frase en la que iba envuelta toda la piedad que le hacía no reclamarle sus salarios.

A la semana siguiente vineron a ponerle los muebles en la calle.

VII

Se acostaba todo lo tarde posible, deseosa de no encontrar a nadie despierto en la casa a su llegada.

Recibía todas las madrugadas, al atravesar a pie la ciudad, aquel fato agrio, de estiércol fermentado, que envolvía a la Habana a esas horas.

Parecía como si se hubiesen cerrado las flores de los jardines para no contaminarse con aquel hedor de las basuras acumuladas delante de todas las puertas. Era como el reverso de la medalla de brillantez de sus días. La Habana daba entonces la impresión a una mujer hermosa cuyo aliento oliese mal.

Llegaba al barrio extremo y abría temblando la puerta; avanzaba por medio de patios fangosos y de corralones para llegar a su vivienda.

Entraba de puntillas, sin atreverse a respirar, y se tendía sobre su camastro. La envolvía un olor a basura semejante al de la calle.

Veía, a la luz que se filtraba por las ventanas de postigos carcomidos, la gran habitación con suelo de tierra y techo de vigas, en la que se agrupaban en desorden todos los objetos de la casa. A un extremo el fogón, con todos los cachivaches colgados en rededor o esparcidos por el suelo. Más allá la mesa de comedor, con su mantel sucio; cerca de ella, las perchas con vestidos mugrientos y los arcones sobre los que se amontonaban zapatos viejos, toallas sucias y ropas astrosas.

En un ángulo el catre, del que no se levantaba casi nunca la dueña de la casa.

Pasaba los días sentada en él, despeinada, sucia, envuelta en un mantoncillo.

En otro rincón estaba su cama, que no se mullía nunca y conservaba ya la huella de su cuerpo. Un banquillo, un espejo y el lebrillo de lavarse, constituían todo su ajuar.

A unos cuantos metros, detrás de una cortina, a guisa de puerta o de biombo, se oía el roncar de Felipe; y más allá se veía, a través de una puerta con grandes barrotes de hierro, semejante a un calabozo, el enorme bulto de la loca, tirada encima de su jergón.

Aquella visión tenía el poder de enloquecer a Mercedes y hacerle delirar.

Era una mujer joven, de unos cuarenta años, cuyos cabellos había hecho emblanquecer la locura, al par que el clima había madurado demasiado de prisa sus encantos.

Estaba allí su retrato de veinte años, con el busto firme, el cuello erguido, graciosa la boca y los grandes ojos, enormes, iluminándola toda.

Y la había arruinado la locura para convertirla en aquel montón de carne hinchada, que se pasaba los días aullando, cada vez que llegaba a ella una voz masculina.

Había caído la miseria sobre la familia con la muerte del padre, al par que la locura de la hija.

Sólo la madre hacía frente a la vida, escribiendo desde su lecho a las gentes que formaron su mundo y que acudían ahora en su socorro.

Tenía ya suscritores que le daban la renta necesaria para vivir, conmovidos de la infelicidad de la hermosa muchacha.

—Lo que yo siento es que este hijo me lo va a echar todo a perder—decía la madre—. En vez de agradecer los favores a nuestros protectores, habla

mal de ellos. No sé qué ideas le han metido en la cabeza. Se junta con negros "curros" y quiere ser un valentón como ellos.

El muchacho sabía callar, rechinando los dientes y apretando los puños con actitud amenazadora; pero, con frecuencia, estallaba en cólera y echaba a rodar todo lo que eran ideas de sociedad y convencionalismos.

—No es mi Fernanda sola—le decía a Mercedes, que presenciaba las discusiones llena de miedo—. Hay muchas como ella en la Isla. Padres imprudentes les han impuesto la continencia, sin ver que nuestro clima hace que las flores se abran y las frutas maduren.

Le explicaba cómo la belleza de su hermana le había hecho tener muchos enamorados.

—Pero no encontró marido—decía—; los hombres, para casarse, quieren mujeres ricas. Cuando veían que mi madre no se descuidaba un minuto, ellos se iban. Venía otro y sucedía igual. La pobre Fernanda era una naturaleza fuerte, sana, apasionada. No la dejaban moverse... Tenía que suceder esto.

Como para darle la razón, se unía a su voz varonil el eco de la voz torpe, tartamudeante, de la hermana, que llamaba al hombre ofreciéndole sus caricias.

En accesos de locura furiosa se acercaba a sacudir la reja, sacaba por entre los barrotes la cara hinchada, congestionada, con los hermosos ojos agrandados y espantosos, y repetía:

—Ven, ven, abrázame, me abraso.

—¡Dígame usted si hay derecho a esto!—continuaba Felipe furioso—. Este es el premio de lo que las gentes llaman virtud.

—Calla, hijo, que Dios nos protegerá.

—Sí; "Dios protege la inocencia, pero el rayo mata la palma".

—Si tú trabajaras...

—¿No te basta con una víctima? ¿Quieres que yo dé producto a vuestra sociedad? Sigue sacando el di-

nero a las estúpidas gentes de tu clase, que yo he nacido para algo más...

Entre palabrotas y maldiciones tomaba su almuerzo, acercaba el tazón de sopas a la madre, introducía la comida de la loca a través de los barrotes y se marchaba, para volver a la noche o para no volver en varios días.

Lo anunciaba siempre la tufarada de vino.

A veces miraba a Mercedes de un modo extraño.

—¿Cuándo vamos a dar un paseo?—le dijo un día—. Madre no sale nunca. Yo paso las noches sin dormir, escuchando tu respiración. Quiere que nos volvamos todos locos.

Sintió ella miedo, deseo de huir de allí, de no escuchar más el lamento de la loca y las quejas de la madre.

La pobre demente tenía accesos de desesperación, en los que lanzaba gritos y aullidos, mezclados con palabras obscenas y con palabras tiernas.

Mercedes, que sentía el asco, el hastío de la vida galante, hubiera querido comunicar a la pobre virgen su cansancio; pero pensaba en el vértigo que a ella misma la había envuelto, en la atmósfera de sensualidad que se respiraba en toda la Isla, y se daba cuenta de cómo tenía razón Felipe al culpar al clima de aquella exasperación que volvía locas a las mujeres y de aquel cansancio que hacía correr a los hombres siempre tras algo nuevo y excitante.

Pero no podía soportar la vida así, y no sabía dónde ir. Recordaba cómo se vió sin albergue, con sus muebles en la calle, hasta que Felipe le ofreció aquel rincón en la alcoba de su madre.

Pero el grito de Fernanda la enloquecía a ella. Estaba segura de que perdería la razón. Aquel aullido del deseo tenía algo de ese grito agudo de la meningitis. Era una llamada desesperada, angustiosa.

—¡Y pensar que hay tantas mujeres así!

VIII

Al salir del hospital la habían llevado a la "Casa de Hijas de España". Había sido Emilio el que se interesó por ella. El joven era ya presidende de uno de los centros regionales más importantes y había respetado la recomendación que le hizo Federico al volverse a España.

El asilo, tan temido otras veces, le había producido a Mercedes una sensación de reposo.

El verse en una habitación limpia, con baño, vestida con una bata de linón blanco, era como una riqueza.

Su primer pensamiento fué el más insospechado en una mujer elegante:

—Aquí al menos comeré todos los días.

Pero con la salud y el descanso nació el tedio.

Quizá mientras tuvo que luchar con la miseria sintió menos su situación. Ahora era cuando se le hacía más insoportable.

Tenía miedo a irse de allí, de perder ese último amparo, pero no podía resistir al deseo de salir, de dar un paseo por la ciudad, de sentirse libre.

Todos los restos de su soberbio guardarropa estaban allí en un baulillo a los pies de la cama: dos camisas, unas medias, un sombrerito y un trajecillo negro, el último, que cuidaba y cepillaba diariamente.

Era un establecimiento cómodo, limpio, con gran jardín; se comía bien y las asiladas eran todas sanas, pero se encontraba completamente aislada y solitaria. Sus compañeras de infortunio la miraban mal. La encontraban, por mucho que ella se disimulase, demasia-

do fina y educada y le habían puesto, de modo despectivo, el sobrenombre de "la señorita".

No sólo no eran sus amigas, sino que se entretenían con molestarla con continuas puyas.

Hasta las empleadas rimaban más con las otras que con ella; se entendían mejor. Casi todas se buscaban trabajos para ayudarse y las tenían contentas con propinas. Ella no sabía hacer nada.

Muchas noches no podía dormir; ¿acaso podía estar allí siempre? Concebía el asilo como un medio de buscar alguna otra cosa, no como una prisión de la que no se pudiese salir en demanda de trabajo y de nuevos medios de vida.

De todas sus antiguas relaciones sólo iba a verla Hidalgo, siempre jovial, mal vestido, buscando su "pitanza" diaria y eternamente de buen humor.

Algunos días le llevaba unas flores, y en su cumpleaños la obsequió con una caja de bombones, que hacía tanto tiempo no tenía, y un billete de 20 dólares.

Gracias a él consiguió un permiso para salir quincenalmente.

Nunca había sentido una felicidad semejante a la que experimentó al verse en la calle. Tenía la sensación de respirar mejor. De que era un aire distinto.

—Eso del aire de la libertad no es una frase hecha—pensaba—. Es verdad que es otro aire, parece que no sólo se respira, sino que se come. Trae raciones de jamón y copas de Jerez.

Se sentía más fuerte, más ligera. Las calles le parecían otras distintas, desconocidas. Tenía deseos de caminar a pie y de recorrer la ciudad toda.

Al pasar frente al Teatro Nacional, varios piropos procaces que le dirigió un grupo de desocupados llegaron a sus oídos.

Sintió un placer inmenso, como no lo había expe-

=V. de S =

rimentado nunca con ningún cumplimiento ni galanteo.

Era como la confirmación de que aún no estaba arruinada su belleza.

Se había alejado tanto del Asilo que, para volver, tuvo que tomar un "Fotingo".

Le pareció que penetraba en la bóveda de un cementerio al entrar de nuevo en aquellas estancias frías, desmanteladas, con ese helor de falta de intimidad que hay en la casa de todos.

El portero le puso mala cara.

—Ha tardado usted demasiado. Pase por esta vez. Mi obligación era no abrir la puerta.

En el pasillo encontró a tres asiladas que no contestaron a su saludo.

Por pronto que quiso encerrarse en su cuarto, oyó las risas y adivinó los comentarios.

A la quincena siguiente, cuando la dejaron salir, le recomendaron severamente que volviese temprano... Pero ella no volvió.

IX

La atraía el barrio chino; era el barrio distinto de todos los que ella conocía, el barrio donde no había estado jamás.

Realmente no sabía qué hacer. Apenas le quedaban unos dólores del regalo de Hidalgo. Tenía que lanzarse por algún camino absurdo, confiar un poco en la suerte, en lo imprevisto.

El Teatro Chino, con su aureola de luces, le invitaba a entrar.

Se sentó en la primera fila como si no quisiera perder nada de la obra.

Veía con curiosidad aquel escenario, en cuyo fondo, detrás de los actores, estaban los músicos sentados en el suelo con sus raros instrumentos. Al lado de ellos, una especie de transpunte debía explicar la decoración.

Escuchaba el idioma, que no comprendía, como una música. Jamás había creído que fuese tan sonoro el chino. La actriz que estaba en escena parecía cantar. Se desgranaban las palabras convertidas en sílabas, que parecían rodar de sus labios y alcanzarse unas a otras. La risita leve y cantarina rimaba con la palabra.

La mujercita se movía como las muñecas de las antiguas cajas de música cuando se les tiraba de un cordel. Todos sus movimientos eran pausados, musicales, lentísimos, de una gracia admirable. Andaba como deslizada sobre la punta de los pies y movía los dedos sin levantar la mano.

El rostro era bello, con los ojillos oblicuos, tirantes, sombreados de rimel y la carita de limón pintada de rojo.

No tardaron en aparecer otros personajes cantarines.

Hubiera querido saber qué decían.

—¿Le gusta a usted nuestro teatro?—le preguntó un chion, que estaba sentado a su derecha, con franqueza cubana.

—Me seducen el acento y la belleza de esa actriz —respondió ella.

—Es que Che-lo-Co es admirable.

—Me apena no entenderla.

—Está usted viendo una obra escrita hace seiscientos años. Lleva ya cerca de un mes representándose, porque nuestras obras de teatro son como las novelas de ustedes: cuentan lo que les pasa a los personajes desde que nacen hasta que mueren.

—Será interesante—contestó ella, por decir algo.

—Es una obra espiritista. La joven es víctima de un íncubo; deshonrada, su hermano le indica que debe matarse. Vea usted cómo ponen allí un árbol. Ella se acerca, hace ademán de ahorcarse y queda muerta en el suelo. Pero se levanta, los espíritus la reaniman. Huye. Vea usted.

La actriz cruzaba sobre una tabla colocada entre dos sillas.

—Es un puente—explicó el chino.

En cuanto pasó quitaron la tabla. Los perseguidores quedaban al otro lado y no la podían alcanzar, gritaban con grititos de una sílaba.

Apenas oía Mercedes al chino, que continuaba explicando el argumento; eran los vestidos lo que atraían su atención.

Nada existía de una riqueza comparable en sedas y bordados. Las casullas antiguas que se guardaban

en los tesoros de las catedrales no podían rivalizar con ellos.

—¿Cómo habrá tanta gente que borde en China?

El rió de la idea, tenía un culto por su país al que pensaba volver cuando amasara su fortuna. Le explicó que se llamaba Paon-Ling-Su y que era dueño de un bazar en la misma calle.

Cuando acabó la representación, le propuso:

—¿Quiere venir a cenar conmigo?

Ella aceptó. Quería ganar unas horas.

Entraron en un restaurante del mismo barrio. Aquella cena exótica la reanimó. Tomó sin repugnancia la sopa de nidos de golondrina, la carne con tallos de bambú, el arroz, que no sabía comer con los palillos, y aquellas cerezas chinas que parecían capullos de rosa.

Todo regado con la bebida de arroz fermentado que le arañaba la garganta y se le subía a la cabeza.

Al salir de allí, el chino propuso galante:

—¿Dónde quiere que la acompañe?

Y como ella vacilara, pensando en irse a cualquier banco del Malecón, él preguntó sagaz:

—¿No tiene dónde ir?

—No—confesó ella, rudamente.

—¿Quieres venir a mi casa? Vivo solo.

—Iré.

Llegaron en dos minutos, y a la luz del farolillo que Paon-Ling-Su encendió, contempló el bazar: un escaparate, un pequeño mostrador y estanterías alrededor de las paredes.

Allí había de todo: vestidos bordados y suntuosos, como los que admiró en el teatro, y maravillosos mantones de Manila. Se veían los perfumes al lado de los botes de conservas chinas, las latas de té cerca de las zapatillas, las armas antiguas y exóticas con los vulgares machetes y cuchillos del país, las especias olorosas revueltas con los objetos de metal y de

cerámica, todo tan mezclado, que parecía imposible poder encontrar nada entre aquel mare mágnum.

La tienda era toda la casa; detrás una pequeña trastienda con un jergón en el suelo y un patinillo descubierto.

Paon-Ling-Su la condujo hasta allí.

Mercedes sintió impulso de resistir... Recordó la casa de Felipe..., el grito de la loca..., el asilo..., y lo siguió dócilmente.

X

Una idea única se había apoderado de su cerebro: la de volver a Europa. Era como esos enfermos que creen que van a renacer por la sola influencia de un clima favorable. No se daba cuenta de cómo los años, caídos sobre ella con la impiedad de la miseria, hacían imposible el retorno a los triunfos de la vida galante; y pensaba en el rejuvenecimiento que su vuelta a Europa suponía. La veía en su imaginación como el transplante de un árbol que pierde la hoja antigua y adquiere nueva adolescencia.

Pasaba toda su vida en el barrio chino, donde se sentía menos inferiorizada que entre los europeos; allí encontraba albergue y cena en casa de los chinos más pobres, a cambio de arreglar sus tiendecitas, hacerles la comida y lavarles la ropa. Parecían haberla adoptado en el barrio, y tener una especie de obligación de velar por "La Blanca", como ellos la llamaban, sin saber siquiera su nombre.

Pero Mercedes no se podía librar de los prejuicios. que le habían hecho creer en una superioridad de raza; se creía más humillada cuanto más bondadosos se mostraban y llegaba a odiarlos como si ellos fuesen los causantes de su desgracia. Le parecía que el color amarillo de los chinos provenía de una enfermedad que podían contagiarle, y que sus sudores podían mancharla de amarillo. Hasta su olfato cometía la injusticia de hallar en ellos "un olor de raza" que no podía soportar.

Varias veces había hecho tímidas gestiones para ser repatriada, pero ¡lo pedían tantos emigrantes traba-

jadores, con familias, desengañados de lo que podían lograr, que se hacía difícil alcanzar un billete!

Cuba sufría el abuso de una inmigración de gentes ineptas en su mayoría, que iban allí creyendo encontrar vida agradable y fácil con poco esfuerzo. En el fondo, muchos podían confesar que los habían llevado no el deseo de trabajar, sino el de no trabajar. Su desengaño consistía en ver que allí, como en todas partes, se hiciera necesario el trabajo para ganar la vida. A veces, tenía que intervenir la policía en el Consulado, para apaciguar a los que iban desde el llanto y la súplica hasta la amenaza, para conseguir pasaje. Cada barco que se separaba del muelle era despedido por los lamentos de los desdichados que no habían tenido cabida en él.

Surgió en ella la idea de robar a Paon-Ling. El buen chino la socorría siempre, mezclando la galantería a la utilidad: medio amante y medio criada, pero sin exigirle nada jamás. Cuando ella llegaba, esos días tristes en que no encontraba dónde meterse, Paon-Ling le ofrecía albergue en la mísera trastienda y permanecía allí metida hora tras hora, escuchando los diálogos de los compradores y sumida en esa especie de estupor que precede a la locura en los condenados a prisión celular.

Había visto cómo el chino abría el cajón del mostrador, lleno de dólares y de fajos de billetes. La idea de apoderarse de aquel tesoro, la obsesionaba. Tenía que irse a Europa o suicidarse. Le era imposible soportar más la vida allí.

Poco a poco se fué formando su plan. Todo se reducía a poderle quitar las llaves mientras dormía. Más de una vez las tuvo al alcance de su mano, pero un miedo invencible le impidió apoderarse de ellas. Paon-Ling era precavido, y cuando salía no dejaba a nadie en la casa.

Al fin aquella noche se decidió, debía aprovechar la buena cena y el pesado sueño de Paon-Ling.

Temblando de emoción abrió el cajón donde el chino guardaba el dinero. Le parecía verlo a su lado, con el gesto que él abría siempre aquel cajón, y la sonrisa blanca que partía el limón de su rostro cuando le decía:

—He trabajado mucho toda mi vida; cuando reúna lo bastante, me volveré a mi patria.

Era ese mismo sentimiento el que la impulsaba a hacer el esfuerzo supremo de abrir el cajón.

—¡Está vacío!

Se quedó muda de espanto y de rabia; le parecía que era el chino el que la había robado a ella, defraudando así sus esperanzas. Introdujo la mano para examinarlo mejor y sus dedos tropezaron con unos papeles colocados en el fondo.

—¡Billetes!

Era el producto de las ventas últimas, unos trescientos dólares: había para el viaje.

Se dirigió a la puerta de la calle, trató de introducir la llave en la cerradura y darle la vuelta, pero su esfuerzo resultó inútil. La llave aquella no abría.

—Debo haberme equivocado—pensó.

Tomó otra de las cuatro llaves que pendían del llavero, y también se negó a dar la vuelta.

—¡No es ésta tampoco!

Olvidaba todo, falta de toda prudencia, en su empeño y su apresuramiento de lograr abrir.

De pronto sintió un aliento a su lado: Paon-Ling estaba allí. Le pareció más amarillo que nunca, con la risa blanca rimando con el blancor de los ojitos oblicuos, que tenían expresión colérica.

—¡Me has robado!—exclamó silabeando.

Ella lo miró con valentía y respondió con firmeza:

—Sí.

Aquella actitud cínica acabó de exasperar al chino; la cogió por las muñecas y se las retorció hasta hacerle caer de rodillas.

—Es para irme a Europa—sollozó Mercedes, como si ese deseo supremo lo disculpase todo.

Pero Paon-Ling no parecía ya oírla y la arrastraba detrás de él hacia la trastienda. Ella se debatía tratando inútilmente de resistir, asiéndose a todos los objetos, presa de un indescible terror.

Sin saber cómo, su mano encontró el mango de uno de los cuchillos que pendían de la pared.

Se sintió como magnetizada por el brillo de la hoja: cerró los ojos y alzó el brazo. Le parecía que se habían abierto ante ella las puertas de la eternidad; como si, cumplida la fatal trayectoria en la vida, se acabase de suicidar.

Sintió que las manos de Paon-Ling se aflojaron, y momentos después su cuerpo rodaba por el suelo.

Miró como si volviese de otro mundo. A sus pies estaba el chino inmóvil, muerto. Sus ojillos, de vista baja, parecían más atirantados y hundidos. ¡Ni él ni ella debían volver jamás a sus patrias! Aquella idea era superior a la del robo, a la de la muerte y a la del asesinato.

Lo contempló con piedad y envidia. Tenía la sensación de que no lo había matado ella, de que lo había matado el cuchillo con una voluntad ajena a la suya.

—¿Por qué no me ha matado a mí?—se preguntó desesperada, mirando al cuchillo, que, empañados sus brillos en sangre, parecía haber perdido de nuevo la vida propia que lo animó un momento, para ir a clavarse en la yugular del chino, que parecía muerto a sus pies, grotesco, como un animal degollado. ¡El cuchillo tenía aún marcados en el mango los cinco dólares de su precio!

Carmen de Burgos
"Colombine"

GUERRA

(Diario de un soldado alemán)

Los públicos de Alemania, Francia, Bélgica, Italia, Inglaterra, que padecieron la guerra europea, coinciden en proclamar esta gran novela de Ludwig Reun como su cuadro más acabado, exacto y preciso.

5 pesetas

Mundo Latino. Compañía Ibero-Americana de Publicaciones. — Príncipe de Vergara, 42 y 44.

El Libro del Pueblo

(Enciclopedia popular Hispano-Americana)

Monografías sobre todos los problemas de la Ciencia, de la Literatura y del Arte. Las mejores firmas con los mejores textos. Verdadera divulgación de la literatura contemporánea.

Primeros volúmenes:

EL PROBLEMA SOCIAL DE LA INFECCION

del doctor D. Gregorio Marañón.

EL CID Y ROLDAN

de Eduardo Marquina.

COMO SE ADMINISTRA UN GRAN DIARIO

de Enrique Mariné.

EL ILUSTRADOR DANIEL VIERGE

de Dionisio Pérez.

LOS ENGAÑOS DE LA MORFINA

de César Juarros.

COMO FUNCIONA LA SOCIEDAD DE NACIONES

de José Plá.

DON JOSE DE SALAMANCA

de Augusto Martínez Olmedilla.

Dos tomos cada mes. Esmerada presentación.

CINCUENTA CENTIMOS VOLUMEN

COMPAÑIA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES. Príncipe de Vergara, 42 y 44. Madrid. Librería FERNANDO FE, Puerta del Sol, 15. Librería RENACIMIENTO. Preciados, 46, y Plaza del Callao, 1. Madrid.